



GARCÍA LÓPEZ, Jorge: *Cervantes: la figura en el tapiz*, Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente, 2015, 282 págs. ISBN: 978-84-943139-8-1.

**Juan Ramón Muñoz Sánchez**  
**Universidad de Jaén**

Miguel de Cervantes Saavedra (1547, Alcalá de Henares-1616, Madrid) cuenta en su haber con un considerable número de biografías y vidas, así como de estudios parciales que se detienen en la reconstrucción de las etapas más significativas de su singladura, especialmente de su cautiverio en Argel (1575-1580) y de su estancia en Valladolid en donde él y su familia se vieron envueltos en el Proceso Ezpeleta (c. 1604-1606), o que atienden a aspectos concretos, tenidos por cruciales, de ella, como su origen, su educación, su cultura, su pensamiento, su ideología, su filiación cortesana, su sexualidad, su vida doméstica (su matrimonio y la relación con sus hermanas y con su hija natural), sus diversos círculos de amistades o su rivalidad literaria con Lope de Vega (1562-1635), de la que dimanó el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Tarragona, 1614), de «Alonso Fernández de Avellaneda».

Pero no siempre fue así. Aunque el primer bosquejo biográfico sobre su figura fue llevado a cabo durante su vida por su amigo y compañero de cautiverio el doctor Antonio de Sosa, culto eclesiástico portugués que, en el «Diálogo de los mártires» de su *Topografía e historia general de Argel* (Valladolid, 1612), narra su segundo intento de fuga del cautiverio, lo cierto es que hubieron de pasar más de cien años desde su fallecimiento para que el periplo del hombre que había pergeñado *Don Quijote de la Mancha* suscitara interés. En efecto, solo a partir de la *Vida de Miguel de Cervantes de Saavedra* (Madrid, 1737; Londres, 1738), que confeccionó el humanista valenciano Gregorio Mayans y Siscar a instancias del ministro inglés lord John Carterer y por la intermediación del embajador británico en Madrid sir Benjamin Keene, el menosprecio inicial sobre su andadura se ha mudado en una permanente atención, respaldada además por una tenaz labor de búsqueda documental, cuyo ápice se alcanzó a caballo entre los siglos XIX y XX.

## RESEÑAS

Se puede decir, *grosso modo*, que desde las primeras biografías, singularmente desde la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, 1819), de Martín Fernández de Navarrete, la primera que se yergue sobre una importante base documental, hasta la monumental *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra* (Reus, 1948-1957), de Luis Astrana Marín, en cuyo último tomo aporta hasta su momento el mayor *corpus* de documentos sobre el soldado de Lepanto, el cervantismo, salvo excepciones en uno y otro sentido, fue progresivamente edificando una semblanza de Cervantes acorde con la estatura mítica del «Príncipe de los Ingenios». A partir de entonces, sin dejar de perpetuarse esta línea de índole romántica, dos parecen ser los caminos más transitados por los nuevos estudios, totales o parciales, a propósito del itinerario histórico del escritor: por un lado, el desmitificador o polémico, que convierte a Cervantes, sin testimonios documentales fehacientes pero inaugurando nuevas vías de indagación, en converso, reprimido, masoquista, homosexual, *coyote* o *passeur* de cautivos en Argel, borracho, ludópata, pendenciero, beato meapilas, etc. Por el otro, el de la revisión cribada, matizada y objetiva de la *Vida* de Astrana, puesta al día además con hallazgos documentales recientes y con flamantes aportaciones en otros campos del saber que contribuyen a una contextualización histórico-cultural más cabal y ponderada.

La biografía de Jorge García López, *Cervantes: la figura en la tapiz*, se sitúa nítidamente en esta segunda senda, puesto que no pretende sino poner en crisis esas visiones estereotipadas que han predominado en buena parte del cervantismo desde comienzos del siglo XIX: el ingenio lego, la vida ejemplar y heroica o el hombre desdichado perseguido por el infortunio; así también las dos concepciones cervantinas de Américo Castro: la del humanista erasmista, primero, y la del cristiano nuevo, después, de cuya vida marginal y enajenada procedería su veta de genial artista; y aun las más recientes, a veces más ajustadas a nuestros parámetros socioculturales que a los suyos, de homosexual o de mujeriego. El excelente editor de las *Novelas ejemplares*, por el contrario, aspira a recuperar la vida histórica y concreta de Cervantes, a ofrecer un nuevo retrato amparado rigurosamente en la documentación legal o extraliteraria de que disponemos, y, solo ocasionalmente y cuando parece legítimo hacerlo, recurrir a su producción literaria. De lo cual resulta el saludable retrato de un hombre carismático de posible registro fonético meridional; de profundas convicciones; alegre, “pero de una alegría maliciosa, pletórica de ironía e inteligencia” (pp. 11-12); un escritor original, tan alejado de los clichés como dado a la constante experimentación, puntilloso y perfeccionista de su arte, atento a las novedades literarias, pero que mantuvo una relación problemática con el sistema literario de su tiempo; triunfador en géneros menores, como el relato breve, el entremés y la narración cómica; un capaz funcionario medio de estado, acostumbrado a manejarse diestramente tanto con los papeles como con los números; un estudioso autodidacta; un hombre de buena fortuna amante de su mujer, que experimentó tres grandes reveses en su vida: no ser “estudiante en Alcalá siendo ya un reconocido poeta (1568), capitán de los tercios españoles (1575) y famoso autor teatral (1581-1587)” (p. 25). E igualmente, ambiciona contemplar la personalidad intelectual de Cervantes en las coordenadas culturales que le son propias, a dilucidar su evolución como escritor, que le lleva a la consecución de un estilo propio que culmina en *Don Quijote de la Mancha* y que se

asienta en la parodia, el humor, la ironía y la puesta en práctica de dos de los postulados mayores de la *Poética* de Aristóteles: la verosimilitud y la unidad en la variedad, y a esclarecer su activa participación en la revolución científico-cultural –la segunda vía del humanismo– de la segunda mitad del siglo XVI y del siglo XVII, que tiene como figura señera al humanista belga Justo Lipsio (1547-1606), estricto contemporáneo suyo, y que en la obra de Cervantes encarna también en *Don Quijote* en tanto en cuanto parodia del anquilosamiento e institucionalización del primer humanismo.

García López confiesa, en uno de los subcapítulos más sugerentes de su biografía (pp. 203-210), que ha adoptado el sobretítulo de *La figura en el tapiz* de la traducción de Borges de uno de los relatos cortos, denominados «de escritor», de Henry James, *The Figure in the Carpet*, porque, como sucede en ellos, Cervantes reflexiona, con no menos hondura e ironía que perspectiva crítica, sobre el hecho de haberse convertido, tras el éxito del *Ingenioso hidalgo*, en un autor famoso. Lo más llamativo es que lo hace a la vez desde dentro y desde fuera, descubriéndose a sí mismo como ente de ficción, en los paratextos de las obras posteriores y a lo largo del *Viaje del Parnaso*. Se trata, naturalmente, de las famosas máscaras o desdoblamientos autoriales cervantinos; los cuales, es discreto señalar, no constituyen una novedad a la altura del prólogo de las *Novelas ejemplares*, aunque sí lo sea el enfoque, por cuanto están en la raíz misma de la escritura cervantina, de la histórica o memorística y de la literaria. Pues tanto las seis preguntas que conforman la *Información en Madrid* de 1578 como las veinticinco de la *Información en Argel* de 1580, redactadas por él en documentos de naturaleza legal o judicial, ya versaban desde fuera sobre su heroica participación en Lepanto y sobre su ejemplar proceder en el cautiverio, y, en parte, ya construían un personaje llamado «Miguel de Cervantes». Así como también, desde la ficción, el «yo» de la *Epístola a Mateo Vázquez*, el Sayavedra de *El trato de Argel*, el pastor cortesano Lauro de *La Galatea*, el amigo del cura Pero Pérez, el propietario de la «maletilla vieja, cerrada con una cadenilla», que olvidó en la venta de Juan Palomeque el Zurdo, o el Sayavedra compañero de baño del capitán cautivo. Cervantes se reinventa, como Ulises, como su Pedro de Urdemalas, y se reivindica una y otra vez. García López toma como brújula para no perder el norte crítico correspondiente sobre la obra de Cervantes uno de estos relatos paratextuales de escritor famoso: el encuentro de Miguel con el estudiante pardal a la salida de Esquivias, que constituye el grueso del prólogo a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, una de sus últimas páginas, con el que parece querer alertar al *lector futuro* de que no entienda su obra, como el *pardillo*, solo por la vis cómica.

*Cervantes: la figura en el tapiz* consta de siete capítulos, precedidos de una enjundiosa introducción: los seis primeros, que presentan otras subdivisiones menores, jalonan las distintas etapas de la vida del escritor; el último recoge un balance y ofrece una mirada a la posteridad. Hay además un anexo; seguido de un comentario bibliográfico, que, aunque significativo, se podría completar un poco más: no hay, quizá por descuido, mención a ninguna edición del *Persiles* ni a ningún estudio sobre esta obra; se echa en falta la monografía de Ana Luisa Baquero Escudero, *La intercalación de historias en la narrativa de Cervantes* (Vigo, Academia del Hispanismo, 2013), habida cuenta de que el anexo versa justamente

sobre «Cervantes y la unidad de la obra de ficción», un tema que en el cuerpo del texto adquiere una dimensión fundamental; el estudio de Javier Salazar Rincón, *El escritor y su entorno. Cervantes y la Corte de Valladolid en 1605* (Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006); y el libro de Fernando Bouza Álvarez, «*Dásele licencia y privilegio*». *Don Quijote y la aprobación de libros* (Madrid, Akal, 2012), en que, entre un millar de legajos sobre el proceso que había de seguir una obra para su publicación, se cuenta el expediente de la Primera parte del *Quijote*. Y, por fin, un índice de nombres y la procedencia de las ilustraciones que se editan.

La «Introducción» (pp. 9-27), en la que García López expone los puntos esenciales que va a desarrollar a lo largo de los seis primeros capítulos de su biografía, ha sido desbrozada un poco más arriba. Ahora nos gustaría romper una lanza a favor de Américo Castro, severamente castigado en ella, puesto que nos parece extremadamente simplificador reducir sus estudios cervantinos, por muy equivocados que puedan estar en sus tesis mayores, a meros “novelones” (p. 22). *El pensamiento de Cervantes* (1925) es, indiscutiblemente, el punto de partida de la crítica cervantina moderna y debería de serlo de cualquiera que se acercara por primera vez a ella, por cuanto en él se nos perfila a un Cervantes dueño de su arte, inmerso en las corrientes literarias y culturales de su tiempo, crítico con el mundo que le tocó vivir, defensor de la mujer y del amor espontáneo, inconformista con la religión oficial, racionalista en su pensamiento y conquistador de la ironía que alimenta su escritura, con páginas tan brillantes como las que dedica a la teoría literaria, las más inteligentes hasta los estudios de E. C. Riley. Sus trabajos posteriores, permeados por la concepción de la España de las tres culturas, son más polémicos, errados quizá en su extremosidad y en su afán de convertir en la piedra de toque de la literatura cervantina su origen converso, nunca probado; pero el problema de las castas en la época es tan real como incuestionable: en 1492 se expulsó a los judíos; en 1609 a los moriscos tras las revueltas de las Alpujarras entre 1567 y 1569 y la primera petición lanzada a la sazón por el cardenal Espinosa; en 1547 se aprobaron los estatutos de limpieza de sangre en la catedral de Toledo propuestos por el cardenal Juan Martínez Silíceo; y léase la *Execración de los judíos* (1633), de Francisco de Quevedo. Además, *Hacia Cervantes* (1957) y *Cervantes y los casticismos españoles* (1966) esconden estudios magistrales como «La palabra escrita y el *Quijote*».

El capítulo 1 (pp. 29-49), conformado por una breve entradilla y cuatro apartados, se centra en la etapa más oscura de Cervantes: su niñez, adolescencia y primera juventud, hasta su marcha a Italia en 1568 a la edad de veintiún años. Lo más significativo lo representa el primer apartado (pp. 30-35), de corte histórico-cultural, en que García López encuadra a grandes rasgos el itinerario de Cervantes en un contexto concreto: el reinado de Felipe II, que será el monarca de su vida; la Contrarreforma católica, a la que se pliega Castilla; el nombramiento de Madrid como sede de la Corte de la Monarquía Hispánica; la paulatina implantación de la pedagogía de la Compañía de Jesús, que convierte el espíritu de los *studia humanitatis* en el currículo escolar de la *ratio studiorum*; y, sobre todo, pues es una de las tesis principales de su biografía que desarrollará más adelante, el humanismo finisecular, protagonizado por Justo Lipsio, que, con el redescubrimiento del Helenismo y el bajo imperio, va a marcar la pauta de la cultura europea hasta el

## RESEÑAS

Romanticismo y a originar la revolución científica que comportará una nueva reorganización de los saberes y disciplinas. García López, a propósito de los estatutos de limpieza de sangre, vuelve a cargar las tintas contra Américo Castro y su cuestionadísima *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948) por mor de la adscripción de Cervantes en el seno de los cristianos nuevos, que rechaza categóricamente. Conviene destacar también que, siguiendo a Javier Blasco, sitúa en Valladolid, en 1552, el momento en que Cervantes, con apenas cinco años, pudo ver representar al gran Lope de Rueda (pp. 42-43), suscitando en él un amor perdurable por la farándula y dejando un recuerdo indeleble de su figura, como rememoraré en el prólogo al lector de su volumen de teatro. Respecto de la educación del joven Miguel, García López se muestra excepcionalmente cauto y puntilloso, al no impugnar de plano su inscripción en los colegios de la Compañía de Córdoba y Sevilla, como viene siendo habitual desde el *Cervantès* (1986), de Jean Canavaggio:

*Nosotros pretendemos en este punto una lectura lo más equilibrada posible de la documentación y por tanto no afirmamos que Cervantes no estudiara en los colegios de la Compañía (primero en el de Córdoba y luego en el de Sevilla), sino que observamos que tal hecho no puede fundarse en los datos hoy conocidos y que él mismo evita esa identificación en lugares en que pudo citar sus años escolares. De hecho, en algunas de las últimas biografías cervantinas surge la duda creciente de si el joven Miguel acompañó a su padre a Córdoba o Sevilla, o si permaneció junto a su madre en Alcalá. Pero debemos recordar que estamos siempre ante suposiciones y que la falta de datos es flagrante, por lo que mal podemos imaginarnos cuál pudo ser la formación de nuestro escritor (p. 45).*

Hemos de decir, por último, que nos llama la atención que García López no haya ponderado la posible participación de Cervantes en una de las dos academias literarias que se reunían y contendían en el mismo espacio cortesano del Alcázar madrileño: la de la «alcobilla» del príncipe Carlos que sufragaba el duque de Alba y la presidida por Diego de Acuña. A la primera asistía Diego Hurtado de Mendoza, a quien Cervantes rendirá un caluroso homenaje en *La Galatea* y tal vez preparará una edición de su *Poesía* en 1610, Mateo Vázquez de Leca, al que remitirá su famosa *Epístola* desde el cautiverio, Pedro Laínez, a quien imita en sus primeras composiciones poéticas de conmemoración áulica, y Gálvez de Montalvo, con el que pudo compartir aula en los Estudios de la Villa, regidos por Juan López de Hoyos. Y es que cabe pensar que en ellas, especialmente en la primera, presentara sus credenciales de poeta en ciernes en razón de conseguir un puesto de letrado o secretario de una casa o, por lo menos, de entrar en la órbita de las redes clientelares palatinas.

El segundo capítulo (pp. 51-78), dividido en cuatro apartados sin entradilla general, versa sobre la estancia de Cervantes en Italia y su enrolamiento en los tercios españoles, entre los años 1569 y 1575. García López se sitúa en la línea, mayoritaria hoy día, que cuestiona que el Miguel de Cervantes que se menciona en la Provisión Real del 15 de septiembre de 1569, al que se condena en rebeldía a la

## RESEÑAS

amputación pública de la mano derecha y a diez años de destierro por haber herido en duelo al alarife Antonio de Segura, sea nuestro Miguel de Cervantes, pese a reconocer que dicho documento es la explicación más plausible de la presencia inesperada del escritor en Roma en diciembre de 1569, desde donde encarga a su padre Rodrigo una información de limpieza de sangre, probablemente para asentar en la casa del cardenal Giulio Acquaviva. Parece no haber tenido en consideración, por el contrario, la propuesta de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, expuesta en su importante *La epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica en torno a Cervantes* (Alcalá de Henares, CEC, 2010, pp. 185-206), de que puede que la ida a Italia esté precisamente relacionada con su asistencia a la tertulia de la «alcobilla» del príncipe Carlos; la cual, tras la marcha del duque de Alba a Flandes en 1567 y el deceso del príncipe en 1568, pasó a gestionar el cardenal Espinosa, para quien laboraba Mateo Vázquez en calidad de secretario y a quien Cervantes y su maestro López de Hoyos habían dedicado varias obras. Justamente con el Inquisidor general y presidente del Consejo de Castilla se reunió en Madrid el cardenal Acquaviva, refrendario en los tribunales apostólicos de Justicia y Gracia del Vaticano, tras transmitir a Felipe II las condolencias del papa Pío V por las muertes de su hijo y de su esposa, a finales de 1568. De modo que tal vez Cervantes aprovechara la vuelta del nuncio papal a Roma para unirse a su séquito. Por lo demás, García López destaca la consabida valentía de Cervantes en la batalla Lepanto, en la que tuvo relativa suerte, pues “salvó la vida por los pelos en medio de una brutal carnicería” (p. 68); descarta la visita de don Juan de Austria al convaleciente en el hospital de Messina en que se recuperaba de las graves heridas sufridas en la contienda; repasa, en equilibrada síntesis entre los documentos habidos y los relatos cervantinos del capitán cautivo y *El amante liberal*, la participación de Cervantes en las distintas campañas del Mediterráneo entre 1572 y 1575, de la que deduce la mayor sintonía del «soldado aventajado» con la posición de Felipe II que con la ambición de don Juan de Austria de conformar una corte a su medida en una plaza del norte de África; y, lo más significativo, confiere crédito a las deposiciones del alférez Gabriel de Castañeda y de don Beltrán del Salto y de Castilla en la *Información en Madrid*, en donde señalan que las recomendaciones de don Juan y del duque de Sessa con que regresaba Cervantes a España desde Nápoles no eran sino “para comenzar una carrera en el ejército como oficial... para que Cervantes asumiera una compañía de los tercios” (p. 77). Solo que el destino se cruzó en su devenir, y a Cervantes no le quedó más remedio que “saberse o creerse «el capitán cautivo»” (p. 78).

El tercer capítulo (pp. 79-104), fragmentado como el anterior en cuatro apartados sin entradilla, da cuenta de los cinco años de cautiverio de Cervantes en Argel, de sus cuatro intentos de fuga y de las gestiones emprendidas por la familia para rescatar a sus dos hijos capturados. García López no aporta nada nuevo al respecto: ofrece credibilidad tanto a la *Información en Argel* que recaba Cervantes al ser liberado en octubre de 1580 como a la *Topografía e historia general de Argel*, de Antonio de Sosa. Ante la incógnita que suscita el hecho de que Cervantes no fuera severamente castigado por sus reiterados intentos de fuga por el cruelísimo Hasán Bajá Veneciano, sigue el parecer de Jean Canavaggio de que fue protegido por el renegado Agí Morato (Hayyí Murad) por colaborar con él en calidad de informador oficioso, que Emilio Sola y Natalio Ohanna refrendan y amplían desde otras

## RESEÑAS

perspectivas, desestima la tesis de la posible atracción homosexual surgida entre amo y esclavo que propuso Rosa Rossi y no menciona la de Carrol B. Johnson de que ofició de *coyote* o *passeur* de cautivos. No le presta mucha relevancia a la *Epístola a Mateo Vázquez*, que destaca como la composición poética más interesante del periodo argelino, ni tampoco a la relación que se pudiera establecer o existir entre el escritor y el *archisecretario*, sobre todo tras el estudio citado de José Luis Gonzalo.

El cuarto capítulo (pp. 105-127), que presenta, como el primero, una breve entradilla y cuatro apartados y cubre el periplo de 1580 a 1590, desgrana la vuelta de Cervantes de Argel; sus intentos por lograr una merced en la Corte; su círculo de amistades literarias en torno a la ciudad universitaria de Alcalá de Henares; su relación con Ana Franca o Villafranca de Rojas, de la que nació su hija natural Isabel de Saavedra; la boda con Catalina de Salazar; la publicación de su primera obra, *La Galatea* (Alcalá de Henares, 1585); y su labor profesional de dramaturgo para los corrales madrileños. En la renovación positiva de la vida de Cervantes que ofrece García López se sitúa su matrimonio con Catalina, acaecido en Esquivias el 12 de diciembre de 1584, luego de dos meses de noviazgo; un matrimonio que estima como beneficioso para los dos, que se agarran a la ocasión que se les brinda, pero habido por amor. A contracorriente de la opinión establecida, García López aduce que no solo carecemos de datos que confirmen que fue un matrimonio fallido, sino que, por el contrario, «la documentación legal nos habla de unas relaciones familiares fluidas y basadas en la confianza mutua y sincera» (p. 116). Es muy interesante su concepción de *La Galatea* como una obra perfectamente encuadrada en el marco de sus relaciones literarias y cortesanas con el grupo de escritores de Alcalá: Pedro de Padilla, Juan Rulfo, Alonso de Barros, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Luis Vargas Manrique, Gabriel López Maldonado, Lucas Gracián Dantisco y, sobre todo, Luis Gálvez de Montalvo, a los que hace girar alrededor de la figura del secretario real Mateo Vázquez, lo que parece ser correcto en el caso de Cervantes, si bien sus amigos formaron en su mayoría parte de la corte literaria de Ascanio Colonna, como ha observado Patricia Marín Cepeda en su magnífico *Cervantes y la Corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)* (Madrid, Polifemo, 2015), libro del que no se ha podido beneficiar García López por haberse publicado después del suyo. Además, en la línea clásica de Celina S. de Cortázar y de Juan Bautista de Avalle-Arce observa que *La Galatea* y las interrogantes estéticas que plantea acompañarán a Cervantes de “por vida y en buena medida [son] uno de los puntuales puntos de partida del *Quijote*” (p. 121). Son también notables las páginas que dedica al teatro cervantino de la primera época, que enmarca con tino entre los dos contratos conocidos que firma Cervantes: con Gaspar de Porres, en Madrid, en 1585, que señala su relativo éxito en las tablas, y con Rodrigo Osorio, en Sevilla, en 1592, que supone su retirada profesional definitiva por diversas cuestiones, entre ellas por no haber sabido o querido adaptarse a la fórmula triunfante de Lope de Vega. Establece además un curioso correlato entre “la inauguración de teatros fijos en Madrid y fechas claves de la vida de Cervantes”: la apertura del corral de la Pacheca en 1568 coincide con su marcha a Italia, mientras que las del teatro de la Cruz, en 1579, y el del Príncipe, en 1583, circunscriben su regreso a Madrid del cautiverio.

## RESEÑAS

El capítulo 5 (pp. 129-185), compuesto, como el primero y el cuarto, por una entradilla y cuatro apartados y que cubre el periodo que va de 1590 a 1605, es el más extenso, el más importante y el más arriesgado de la biografía. En el primer apartado García López desgrana harto esclarecedoramente la trayectoria de Cervantes como funcionario de la Hacienda Real, desempeñando diferentes puestos, cada vez de mayor relevancia, desde su primera designación en 1587 hasta el abandono de su cargo en 1601. Frente a la opinión común, que tiende a infravalorar el nombramiento de Cervantes como comisario del Rey a las órdenes del proveedor general Antonio de Guevara, García López pone las cosas, a nuestro entender, en el lugar exacto que le corresponden: señala que los puestos en América a los que optó Cervantes estaban por encima de sus posibilidades, habida cuenta de su formación académica no universitaria y de su origen social; al tiempo que recalca que el puesto cosechado no era en absoluto despreciable, antes al contrario era un funcionario intermedio de la administración, que a veces contaba con ayudantes, por el que percibía una remuneración nada despreciable, en torno a 400 maravedíes al día, llegando incluso a cobrar 550, que, según su estimación, venía a ser “aproximadamente lo que en la actualidad gana un juez o equivalente, es decir, entre 2.500 y 3.500 euros al mes” (p. 139). Además, los puestos sucesivos de comisario de abastos, recaudador de impuestos atrasados y juez ejecutor de su Majestad demuestran que Cervantes estaba acostumbrado a manejarse con pericia y habilidad entre una montaña de documentos oficiales, que era responsable, avisado y ducho en todo tipo de gestiones económicas, que por sus manos pasaba información de todo tipo y en todas direcciones, que fue un viajero profesional que midió con sus pies y con mulas de alquiler los vastos territorios de Castilla la Nueva y Andalucía, que se codeó con todo tipo de gentes: jueces, procuradores, funcionarios de la Corte, rentistas, banqueros, acreedores, proveedores, alcaides, eclesiásticos, labradores, arrieros, villanos, etc., que dio con sus huesos en varias ocasiones en la cárcel, que pudo calibrar de primera mano el abismo insondable que imperaba entre las pretensiones grandilocuas de la Monarquía Hispánica y la realidad adocenada y pauperizada de sus gentes; en suma: una experiencia no menos significativa que la del cautiverio argelino.

El segundo apartado, en que García López expone las claves del humanismo finisecular, en cuyas filas encuadra intelectual y artísticamente a Cervantes, representa su mayor apuesta. En la segunda mitad del siglo XVI se opera un cambio radical de paradigma en el campo del saber que marca la transición entre la primera vía del humanismo, la del *Quattrocento* italiano y la de la Europa del Norte de la primera mitad del XVI, y la segunda, asentada sobre el redescubrimiento del Helenismo, sobre nuevos nombres de la Antigüedad, como Séneca, Plinio el Joven o Tácito, que desbancan a las autoridades consagradas de Virgilio, Horacio, Ovidio, Homero, Platón Aristóteles y demás, sobre el auge de las ciencias experimentales, sobre el neoplatonismo poético, y liderada, como venimos diciendo, por Justo Lipsio. Así, “frente al neoplatonismo omnipresente en el siglo XVI, tres corrientes de pensamiento comienzan a dominar a finales de siglo: estoicismo, escepticismo y cinismo. En todos los casos se trata de modulaciones sobre las formas intelectuales de la antigüedad aplicadas a las necesidades históricas del finales del siglo XVI” (pp. 147-148). Estamos plenamente de acuerdo con García López en la evolución

## RESEÑAS

intelectual operada en el otoño del Renacimiento en Europa y en la participación activa de Cervantes en ella; pero nos parece tan inconveniente como innecesario tener que trazar una linde infranqueable entre las dos vías del humanismo en general y por lo que concierne a nuestro autor en particular. Una demarcación que el propio Cervantes desmiente a cada paso, pues es hijo de su tiempo pero no está atado de pies y manos a él. Por lo pronto, es indisputable el neoplatonismo amoroso que rezuman la prosa y la poesía de *La Galatea*, así como el de la historia principal de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que adopta, como magistralmente ha estudiado Mercedes Blanco, en directa emulación de la *Historia etiópica*, de Heliodoro. Aunque Cervantes pudiera haber tenido en cuenta un género relativamente nuevo como el *somnium* para pergeñar *El coloquio de los perros* –lo cual tampoco es estrictamente necesario, como demostró E. C. Riley en su admirable ensayo «Los antecedentes del *Coloquio de los perros*»–, no cabe cuestionar que sus autores clásicos preferidos no sean otros que justamente los del primer humanismo: Virgilio, Horacio, Ovidio, Homero, etc., a los que cita profusamente e imita en su obra, como han subrayado, entre otros muchos, Arturo Marasso, Alberto Blecua, Anthony Close y Antonio Barnés Vázquez. Nadie está en condiciones de poder afirmar –tampoco de negar– que conociera directa o indirectamente a Erasmo, con el que comparte la reverencia por el cínico Luciano de Samosata –al que el humanista holandés difundió por toda Europa merced a sus traducciones al latín y a quien el de Alcalá emula ampliamente, y no solo en el diálogo de los canes filósofos–, el tratamiento de la locura paradójica y la ironía como forma de estar y de entender el mundo y como estilo de escritura; pero de haberlo hecho es muy poco probable que no se hubiera sentido fascinado por su pensamiento y por su obra, sobre todo por el *Enquiridion*, *El elogio de la locura*, los *Adagios* y los *Coloquios*, textos, singularmente los últimos, que aun se leían en los años de formación de Cervantes, como lo corrobora con creces su abrumadora presencia en, pongamos, la *Floresta española* (1574), de Melchor de Santa Cruz. Parece, pues, inapropiado sostener que Cervantes, de haber conocido la obra de Erasmo, se hubiese desasido de su magisterio por el mero hecho de ser de una época anterior a la suya o porque estuviera pasado de moda. Es sumamente indicativo en este sentido lo que sucede con la poesía: Cervantes formó parte activa de la renovación poética del romancero nuevo y le tocó vivir la revolución de Góngora, a quien encomió sin paliativos desde el canto de Calíope de *La Galatea*, lo que no fue óbice para que su poeta dilecto fuese Garcilaso de la Vega, cuyo óbito acaeció el mismo año que el del Roterodamo: 1536. Del mismo modo, tampoco cesó de leer nunca y de tener en la más alta estima textos vetustos como *La Celestina*, *El Amadís de Gaula*, *Tirante el Blanco* o el *Orlando furioso*. Es harto probable que leyera la *Poética*, de Aristóteles, e igualmente otros tratados de preceptiva italianos y españoles, así como que estuviera al corriente de las encarnizadas disputas teóricas en torno a la unidad y a la consecución del poema heroico moderno; no obstante lo cual, la praxis literaria del *Quijote* y las *Novelas ejemplares* es inexplicable desde sus parámetros, conforme a su naturaleza bastarda, mestiza e híbrida, en que se mezclan géneros, estilos, registros, personajes y vivires. Es discreto recordar que, aun considerando el neoestoicismo del siglo XVII, Séneca fue ya protagonista destacado del viraje que experimentó Francesco Petrarca (1304-1374), padre de la primera vía del humanismo, del filólogo al filósofo moral en la década de 1340, como ha estudiado en distintos

## RESEÑAS

lugares Francisco Rico, dejando una profunda huella en un *best seller* de la era manuscrita y de la primera de la imprenta como el *De remediis utriusque fortunae*, que Francisco de Madrid tradujo al castellano en 1510 con sonoro éxito. Y lo mismo sucede con la *Historia etiópica*, de Heliodoro, que alcanzó una notable circulación a finales del siglo XV, época a la que pertenece la mayoría de los manuscritos conservados, hasta el punto de ser parcialmente traducida al latín por Poliziano en sus *Misceláneas* (1498); verdad es, empero, que su gran difusión europea no comenzó sino con el hallazgo de un flamante códice en el saco de Budapest en 1527 y, sobre todo, con su *editio princeps* en 1534, en Basilea, a cargo del humanista alemán Vincentius Obsopoeus. El humanista toledano Francisco de Vergara, asiduo corresponsal de Erasmo, tradujo el texto directamente del griego antes de su fallecimiento en 1545; si bien no llegó a publicarse, parece ser que su edición estaba lista para ir al taller en 1548 a cargo de su hermano Juan de Vergara, un año después de la versión francesa de Jacques Amyot (París, 1547), cuatro antes de la latina de Estanislao Warszewiczki (Basilea, 1552) y seis de la castellana de «un amigo de la patria», elaborada sobre la francesa, y publicada en la oficina antuerpiense de Martín Nucio en 1554.

En el tercer apartado García López describe la evolución literaria de Cervantes desde su primera etapa, signada por *La Galatea* y el teatro profesional, a la publicación del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que es el viaje al descubrimiento y alumbramiento de un estilo propio. Según García López Cervantes lo realiza desde un género nuevo que empieza a ensayar por entonces: la novela corta; si al principio apegada al modelo del *Abencerraje*, poco a poco experimentando otras posibilidades en que tendrían cabida la parodia, el humor, el entremés, la teatralidad, los personajes al modo de Lope de Rueda y la ironía. En este periodo inscribe la historia del capitán cautivo; *El amante liberal* y *La española inglesa*, solo por «conjeturas verosímiles» pues no hay datos ciertos de que así fuera; la *Novelita de Alonso Quijano\**, que vendría a ser el texto primigenio de la Primera parte del *Quijote*, que comprendería la primera salida del caballero y que no sería sino una parodia del *Abencerraje* y del romancero, pero no, sorprendentemente, de los libros de caballerías, no bien que los capítulos 1 y 2, la ceremonia de ser armado caballero de don Quijote y las aventuras de Juan Haldudo y Andrés y del paso de los mercaderes toledanos lo son esencialmente; *El curioso impertinente*; y las versiones del manuscrito de Porras de la Cámara de *El celoso extremeño*, *Rinconete y Cortadillo* y *La tía fingida*. A nuestro juicio, el aspecto más problemático reside en sostener que “cambió Cervantes el teatro por la ficción novelesca” (p. 154), cuando, con mayor o menor intensidad, compaginó los dos géneros a lo largo de toda su trayectoria literaria, como lo demuestran los episodios novelescos –cuatro novelas breves– de *La Galatea* y la promesa de *El engaño a los ojos* más allá del volumen de teatro. De hecho, el camino a la parodia caballeresca y pastoril lo desbroza *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, que se fecha entre 1595 y 1600 y que no tiene en consideración; intervalo en que pudo componer una versión preliminar completa o del primer acto de *El rufián dichoso*, tan cercana al orbe de *Rinconete y Cortadillo* incluso en esa paradójica alianza de matonismo y piedad; entre 1601 y 1602 parece ser que conformó *Los baños de Argel*; amén de que Agustín de la Granja fecha la mayoría de los entremeses alrededor de la estancia de Cervantes en la cárcel de Sevilla a finales de 1597 y comienzos de 1598.

## RESEÑAS

A lo que hay que agregar los poemas que Cervantes escribió en esos años finiseculares, que García López menciona, entre los que brilla con luz propia el soneto satírico-burlesco con diálogo y estrambote *Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla*, cuyo universo es exactamente el mismo que el de *El rufián dichoso y Rinconete y Cortadillo*: el del hampa sevillano. Nos parece igualmente problemático defender una tesis sobre la evolución literaria de Cervantes al socaire de la supuesta novela inicial del *Quijote*, cuando su existencia es de todo punto indemostrable al haberse perdido el epistolario de Cervantes, los papales de trabajo, los borradores, los manuscritos y los originales de imprenta de sus textos, y cuando no cuenta con el consenso de la crítica, pues cervantistas tan reputados como E. C. Riley, A. Close, M. Moner y J. Canavaggio se han posicionado en contra o han dudado de su nutricia existencia. Sin embargo, la imagen que perfila de Cervantes como un escritor solitario, atento a las novedades literarias, que escribe para sí en los ratos libres que le permite su absorbente ocupación, ensayando y experimentando nuevas formas y estilos hasta dar con el suyo propio es no menos atractiva que sugerente.

El cuarto y último apartado versa sobre los pormenores del *Ingenioso hidalgo* (Madrid, 1605). Los puntos más controvertidos lo constituyen la afirmación, sin respaldo documental ni pruebas fehacientes, en contra de los escrúpulos mostrados en otras cuestiones, y en flagrante contradicción con su concepción de un escritor *outsider*, de que “el *Quijote* es un encargo editorial” (p. 166), realizado con el propósito de competir con la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (Madrid, 1599), de Mateo Alemán; y que el texto es “un duro ataque al humanismo quinientista” (p. 170). Respetamos, por supuesto, su interpretación, pero no la compartimos: para nosotros el *Ingenioso hidalgo*, independientemente de que pueda parodiar aspectos puntuales del primer humanismo –nunca por cierto con el alcance y la mordacidad con que lo había hecho Erasmo en *El Ciceroniano*–, no tiene nada que ver con él; versa sobre el debate literario entre *historia* y *poesía* que encarna en la locura de don Quijote, quien considera verdadero –histórico– lo que no es sino verosímil –poético–: la ficción de los libros de caballerías, sobre la incidencia de la lectura en la vida de las personas y sobre la legitimización del discurso literario como un entretenimiento de goce estético. Pensamos asimismo que ni al *Quijote* ni al conjunto de la obra de Cervantes se le puede aplicar un concepto tan restringido como el de verosimilitud mecanicista, que “exige que las cosas sucedan a partir de un motivo, que el encadenamiento de la experiencia tenga un sentido y una fundamentación en la experiencia cotidiana a partir de unas causas” (p. 174), puesto que supondría, por lo menos, la finalización del texto tras la batalla de los molinos, en que don Quijote, un anciano revestido de una pesada armadura, es severamente volteado por sus aspas sin consecuencias médicas, así como la eliminación de la venta de Maritornes, en que, por mero azar narrativo, se reencuentran Dorotea y Cardenio con don Fernando y Luscinda y Rui Pérez de Viedma con su hermano Juan. Mas la prueba más contundente, aparte de *El coloquio de los perros* y de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la constituye la revisión del final de *El celoso extremeño*, en que, contra todo pronóstico, Leonora resiste los embates de Loaisa y mantiene incólume su honor: quebrar la relación causa-efecto es precisamente la forma en que Cervantes concede a Leonora lo que todos los demás personajes de

la novela le niegan o pensaban que carecía: libertad, voluntad y determinación propias.

El capítulo 6 (pp. 187-244), conformado por una entradilla y siete apartados, desarrolla la estancia de Cervantes en Valladolid y la implicación de toda su familia en el caso Ezpeleta; su retorno a Madrid, acaecido probablemente en 1606, sus desavenencias con su hija Isabel, sus cambios de domicilio y sus últimos años de vida al lado de su esposa; la relación del escritor con la fama alcanzada por el éxito formidable de la Primera parte del *Quijote*; la publicación de las *Novelas ejemplares* (Madrid, 1613); la continuación del *Quijote* (Madrid, 1615); el ajuste de cuentas con la poesía y el teatro de su tiempo por medio del *Viaje del Parnaso* (Madrid, 1614) y de la impresión de *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados* (Madrid, 1615); y, por fin, la extraña *Historia septentrional* (Madrid, 1617). Pese al excelente análisis que realiza García López de la reflexión de Cervantes a propósito de la fama literaria, nos desalienta la visión tan plana que esboza del teatro de Cervantes, cuya valoración –“hoy leemos esas piezas dramáticas casi exclusivamente porque las escribió él. Cervantes no es un autor dramático sobresaliente” (p. 239)– no podemos suscribir, y, sobre todo, de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que sigue siendo el texto más incomprendido y peor leído de Cervantes; de él no repite sino los clichés trillados (la doble redacción, la cadena del ser, la peregrinación tan edificante como religiosa de signo contrarreformista), desatendiendo las lecturas más recientes de la crítica. Por otro lado, es llamativo que García López pase de puntillas sobre dos cuestiones capitales de la vida de Cervantes: la relación con Lope de Vega y el impacto emocional que hubo de sponerle la publicación del *Quijote* de «Avellaneda».

El capítulo 7 (pp. 245-252) es un breve balance de lo dicho con anterioridad y una mirada a la recepción histórica del *Quijote*. García López sostiene que la vida de Cervantes “fue bastante normal y relativamente afortunada”, que fulge por “su extraordinaria talla como escritor, intelectual y pensador”. Afirma que “el hecho fundamental de su carrera como escritor es la construcción de un estilo literario de base empirista y de fondo racionalista que es probablemente su mayor y más duradera contribución a la tradición literaria y donde se asienta el secreto de su extraordinaria influencia” (p. 247). Hemos de confesar que nos parece un balance un poco humilde, pues no se trata sino del realismo literario característico del autor, que no da cuenta de otras punterías más relevantes como la autonomía y autosuficiencia de la obra literaria; su radical ambigüedad; la metanarratividad; la literariedad; la ironía; el humor; el distanciamiento autorial; el juego con los puntos de vista narrativos; la verosimilitud entendida como un acto de comunicación, un pacto entre el emisor y el receptor basado en la libertad por el que el primero le ofrece al segundo un discurso concebido como un producto de la imaginación y el entendimiento que este ha de calibrar, afirmando con ello no solo que la literatura es ficción, sino que precisamente en su talante ficcional reside tanto su grandeza como lo que la convierte en una alternativa válida de conocimiento; el trasvase de la verdad poética del autor al receptor; la polifonía o heteroglosia; la construcción de personajes en construcción, dotados de voluntad, libertad y vida propias, etc. Conviene no olvidar, además, que la aventura de lo real en Cervantes no se centra tanto en lo cotidiano cuanto en lo extraordinario dentro de lo cotidiano: el viejo

## RESEÑAS

hidalgo de aldea que se vuelve tarumba de la lectura masiva de libros de caballerías y decide, a sus años y con su pobreza a cuestas, armarse caballero y deshacer entuertos, la joven que quiere vivir una vida libre al margen del amor en una sociedad clasista y patriarcal que la condena a ser hija de hasta que sea esposa de, el marido que encarece a su mejor amigo que tienta a su esposa en razón de probar su virtud y entereza, la gitana que no roba y es honesta y rechaza a un amante noble al que impone sus condiciones, el iracundo intransigente que deviene amante liberal, la cofradía del patio de Monipodio, la española inglesa, la fregona que no friega y es no menos limpia que recogida en un mesón, el loco que se cree de vidrio, los perros que hablan con tiento, las brujas que vuelan desde Italia hasta Noruega, los amantes escandinavos que cruzan por amor indemnes Europa de norte a sur y de oeste a este, etc.

En definitiva, Jorge García López, en *Cervantes: la figura en el tapiz*, nos brinda, con buen estilo, una imagen saludablemente renovada de la vida del hombre histórico que fue Cervantes, al tiempo que contextualiza, con demasiada rigidez, su pensamiento y su arte en el humanismo finisecular del siglo XVI, con el propósito de explicar el proceso que conduce a la conformación de *Don Quijote de la Mancha*.